



Fernanda Marinho\*

## Una segunda mirada o la tercera orilla del río\*\*

Supervisión, superhéroe, superyó: ¿será por *superior*, una visión desde arriba? ¿Sería un súper poder? ¿Tendría una función superyoica? También es llamada control. Nombres extraños para una función que supone una práctica extraña: una conversación entre dos en la que uno se recuesta de espaldas a otro que se sienta detrás y al que, en general, le es atribuido mayor grado de salud que a aquel que se levanta y habla de frente a su interlocutor, cara a cara. También extraños, o salvajes, pueden ser los pensamientos concebidos por las mentes involucradas en el análisis y en la supervisión; y cuanto más capaces sean esas mentes de concebirlos, más eficaces serán en estimular su desarrollo.

Al entrar en mi consultorio y saludarme, la analista aparta el rostro y evita el contacto próximo usual, y me avisa que está muy engripada. Continúa comentando que si hubiera sabido que se sentiría tan mal hubiera cancelado sus compromisos, incluida la hora de supervisión.

La primera comunicación del paciente también es sobre la gripe que lo deja “arrasado” y que había motivado su ausencia a la sesión anterior. La sesión se va desplegando, igual que nuestro intercambio, por otros senderos. En determinado momento siento que me estoy quedando ronca y con las vías respiratorias obstruidas; los ojos que lagrimean, rinitis. Estaba verdadera y repentinamente “engripada”. Pido

disculpas y me levanto para apagar el aire acondicionado, y queda prendida solamente la ventilación del bendito aparato que nos da algún confort en el calor húmedo e intenso de nuestra ciudad. Seguimos la conversación. Al final le doy mi impresión general sobre la sesión. Es algo que hago con cierta frecuencia: darle un nombre o un título, un hecho seleccionado, como experiencia emocional de descubrimiento de coherencia frente a un todo disperso o fragmentado; a partir de allí podemos tomarlo como una hipótesis definidora<sup>1</sup> (Bion, 1997). Un nombre que reúne los elementos observados en conjunción constante y que evidencia ser portador de significación, por lo que tiene la posibilidad de ir adquiriendo significado en el desarrollo de la actividad en cuestión. La impresión que transmito a la analista es de *depresión*.

Volvemos a la gripe, las vías respiratorias obstruidas por la secreción: allí donde el medio gaseoso ganara lugar, se restablece el medio líquido como si estuviera restituyendo el objeto perdido; estábamos frente a vestigios remanentes, vivencias muy remotas que seguían activas en el presente. Tan activas y de tal intensidad que, en la búsqueda de un continente, tuvieron un poder de penetración tal que atravesaron tres superficies de contención: la del propio paciente, la de la analista y la de la supervisora. La comunicación se mantuvo en la esfera somática, sin transformación pasible de alcanzar el universo psíquico. Es importante decir que la analista, en sesiones anteriores, venía afligida por no encontrar oportunidad de comunicar sus próximas vacaciones, lo cual termina por hacer, con enorme costo emocional, al final de esta sesión.

Una de las funciones de la supervisión sería, justamente, la de extender la superficie de contención de los aspectos inconscientes que se infiltran en la comunicación entre paciente y analista, y propiciar una mayor oportunidad de transformación de los elementos que se mantienen apartados de ese universo psíquico en elementos oníricos dotados de cualidad psíquica, pasibles de ser soñados.

Cuando hablo de elementos pasibles de ser soñados introduzco otro factor de la función de supervisión: hablo de función según la teoría de las funciones de Bion (1962/1984), como función de la personalidad. Son, como mínimo, tres personalidades las aquí implicadas. Sueño, fantasía, asociación libre, son términos de la misma familia, todos inherentes al proceso de pensar; pensar las experiencias emocionales que, en sus fallas, llevan al acto o al soma de cualquiera de los dos participantes involucrados. Los supervisores no son inmunes a esas fallas; al contrario, y ésta es otra paradoja propia del psicoanálisis: son permeables. Justamente por ello son capaces de dar sentido a lo que caracteriza lo cotidiano de la práctica analítica, la dinámica de oscilación constante entre el mundo de la representación –ya sea ésta en imágenes o verbal– y las experiencias impregnadas de lo sensorial, que escapan al mundo psíquico.

Pensemos en el conocimiento teórico, en la articulación teórico-clínica, siempre un desafío para el analista en formación: es importante que, frente a su paciente, sea capaz de olvidar las enseñanzas provenientes de textos, conferencias y, especialmente, supervisiones, para vaciar su mente de preconceptos y dar lugar a que se infiltren por los espacios libres los estímulos que juegan con la imaginación, con los caracteres imaginativos evocados por la experiencia emocional presente. Sólo así éste tendrá la oportunidad de evolucionar y cobrar sentido en una construcción narrativa nutrida, con espontaneidad, por el sesgo teórico. Pero para ello hay que enfrentar y destituir de su lugar de autoridad al súper-visor, súper-héroe, súper-yo. Recuerdo un episodio relatado por Manoel Thomaz Moreira Lyra

\* Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro.

\*\* Guimarães Rosa (1988).

1. Término utilizado por Bion, como categoría de *grado* (instrumento creado por él para la valoración de la experiencia psicoanalítica), para definir uno de los posibles usos a los que estarían destinados los enunciados en la comunicación analítica.

(Dr. Lyra), psicoanalista brasileño que se formó en la Sociedad Británica, que tenía como analista personal a Paula Heimann y como supervisora a Melanie Klein. En una de las sesiones de supervisión se vio en apuros al percibir que había olvidado su cuaderno de anotaciones. Cuando le expuso tímidamente la situación a Klein, ella lo estimuló a hablar libremente de lo que recordara de las sesiones. Lyra así lo hizo, y quedó absolutamente entusiasmado con la forma en que se sintió ayudado, como nunca antes, en su trabajo con el paciente. Cuál no fue su sorpresa cuando, al leer las anotaciones olvidadas, se encontró con un material completamente distinto al de sus recuerdos relatados a la supervisora; parecía que algo mucho más genuino y fértil había surgido a partir de la libertad de pensamiento.

Libertad para pensar, libertad para ser; en análisis buscamos presentarle al paciente a sí mismo, y ampliar cada vez más su capacidad de contener los aspectos múltiples de su personalidad, le sean agradables o no. La supervisión supone presentarle al supervisando el analista que él mismo puede ser, de forma tal que se apropie cada vez más de un estilo suyo, original, autónomo; una mente que pueda albergar los pensamientos salvajes que se hayan enganchado en su red sensible, sin aprisionarlos en una celda rígida –compuesta por teorías, frases hechas y manías absorbidas del supervisor o súper-analista– y dictada como imposición de salud frente a la amenaza de locura que nos habita y ronda continuamente. Es incluso necesario que se vuelva cada vez más consciente de sus condiciones mínimas necesarias para analizar, condiciones éstas que le son absolutamente propias y que necesita atreverse a conocer y respetar para decidir cada vez si quiere o no tomar en análisis al paciente que se le presenta. Ésta es una decisión libre y responsable, que rige toda asociación entre dos: matrimonial, psicoanalítica o de supervisión.

## Referencias

- Bion, W. R. (1984). *Learning from experience*. Londres: Karnac Books. (Trabajo original publicado en 1962)
- Bion, W. R. (1997). *Taming wild thoughts*. Londres: Karnac Books.
- Rosa, J. G. (1988). A terceira margem do rio. En J. G. Rosa, *Primeiras estórias*. Río de Janeiro: Nova Fronteira.